

M. Horacio Walpole da á Juan Jacobo, de ser sabio y feliz. Sois lo primero, señor, y merecéis ser lo segundo, etc.

AL SEÑOR MARQUÉS DE VILLEVIEILLE

10 de Noviembre de 1776.

No hay que admirarse, caballero, de que un pobre hombre perseguido por ochenta y dos años, ochenta y dos enfermedades y otros tantos negocios desagradables, haya tardado tanto en contestaros. Mi pluma no ha podido seguir á mi corazón. No sé al presente en dónde os hallaréis; pero presumo que debéis estar aún en vuestra casa, puesto que no habéis pasado por vuestra posada de Ferney, que está en el camino de Paris. No habríais hallado la ciudad de Ferney completamente edificada y empedrada. No hace más que decaer desde la salida de M. Turgot. Las borrascas de la corte nos han alcanzado un poco, y hemos tenido que sufrir algunas granizadas. Hubiéramos sido demasiado felices si hubiéramos permanecido siempre ignorados. Nuestro desastre no me ha impedido interesarme en la fiesta que Monsieur ha dado en honor de su hermano y de su cuñada, y hasta haber tenido alguna parte en ella.

Dícese que todas las piezas nuevas representadas en Fontainebleau han sido fracasos, excepto la del joven Chamfort ¹. No me admira; es un joven que tiene talento, sensibilidad, gracia, y que hace versos muy felices. Merece ser afortunado y me han dicho que no lo

1. *Mustapha et Zeangir.*

es; pero ¿quién lo es en fin de cuenta? Dicen que M. Nécker: en efecto, parece que ha ganado el premio gordo en la lotería de este mundo.

Os deseo muy sinceramente algunos premios inmediatos. Vuestra dignidad suiza no me parece suficiente para vos. También le ha caído un premio gordo á M. de Montbarey. Dicen, aunque no lo aseguro, que ha sido nombrado secretario de Estado para la guerra. Si así es, todo es doble en Versalles, y hasta hay muchos corazones que lo son. El vuestro no es de esta clase: en cuanto al mío os pertenece cuanto me quede de vida, que no será mucho. Madama Denis agradece en el alma las pruebas de amistad que le dais.

Á MONSEÑOR EL PRÍNCIPE DE CONDÉ

Ferney, 18 de Noviembre de 1776.

Monseñor, habito cerca de Ginebra, la última cabana de vuestra provincia de Borgoña; sin embargo, no soy menos súbdito vuestro que los señores de Chambertín y del Clos-Vougeot. M. de la Touraille me ha escrito que Vuestra Alteza serenísima se digna extender sus bondades hasta mí. La casualidad que hace muchas cosas ha hecho que lograrse trocar mi miserable aldea en un pueblo lindo. Los que más han contribuido á este restablecimiento son unos relojeros extranjeros, á quienes hice venir de Alemania, Suiza, Saboya y Ginebra. El difunto rey los eximió de todo impuesto y les permitió que trabajasen según la costumbre de sus países. Hoy quieren privarlos de esta ventaja; la mayor parte de ellos, intimidados, se han vuelto á su patria. Los que quedan se echan á los pies

de Vuestra Alteza serenísima y le suplican que se digne favorecer con su protección este memorial que presentan al rey. Vuestro nombre los salvará de la ruina, y un anciano de ochenta y tres años os deberá el poder morir en paz. Soy, con el más vivo agradecimiento y el más profundo respeto, monseñor, de Vuestra Alteza serenísima, etc.

AL SEÑOR MARQUÉS DE CONDORCET

6 de Diciembre de 1776.

Me apena mucho, señor, el ver que en el *Journal de Politique et de Littérature*, la política ocupa mucho espacio y la literatura muy poco. Os confieso que me gustan mucho más los buenos versos y un elocuente discurso que todas las noticias del Norte y del Mediodía, que se ven destruidas al día siguiente por otras noticias.

Es verdad que la parte llamada política está escrita por un hombre superior; pero permitidme que dé la preferencia á las bellas letras, consuelo de mi vejez, á los intereses de los príncipes, de que nada entiendo.

Las disertaciones de M. de la Harpe no tienen para mi gusto más que un defecto: el de ser demasiado cortas. Encuentro en él una cosa muy rara, y es que tiene siempre razón y un gusto que no se equivoca. ¿Y por qué entiendo tanto de poesía? Porque hace excelentes versos.

Por todos lados salen personas instruidas, y que dicen su parecer; ¿pero dónde se hallan hombres de genio que se dignen consagrarse al triste y peligroso oficio de apreciar el genio de los demás? El abate Des-

fontaines no dejaba de tener ingenio y erudición; pero había traducido desgraciadamente los salmos en verso francés. El destino de esta obra, enteramente ignorada, alteró su humor y su gusto. El autor de *Mélanie* no se encuentra en este caso. Si Racine hubiese dejado algunos herederos de su estilo, pareceme que hubiera repartido su herencia entre M. de la Harpe y M. de Chamfort.

No he visto el *Mustapha* de este último, y siento que se llame así; pero recuerdo á una joven india que era sumamente linda, y que me pareció enteramente raciniana: porque, os lo aseguro; sin Racine no hay salvación. Fué el primero, y largo tiempo el único que llegó al corazón por el oído. *Componit furtim subsequiturque decor.*

Á propósito: es preciso que digáis quién ha definido mejor la gravedad, si el duque de La Rochefoucauld ó Confucio. El primero ha dicho: « La gravedad es un misterio del cuerpo, inventado para ocultar los defectos del espíritu. » El segundo, por su parte, ha afirmado que « la gravedad no es más que la corteza de la sabiduría, pero la conserva. »

No quiero ni me atrevo á dar mi parecer hasta que me hayáis dicho el vuestro.

AL AUTOR DE UN PERIÓDICO

22 de Diciembre de 1776.

El plan de vuestro periódico, señor, me parece tan bien estudiado como curioso é interesante: mi mucha edad y las enfermedades de que me hallo abrumado no me permiten abrigar la esperanza de poder producir alguna obra que merezca ser anunciada por vos.

Si pudiera dirigiros una súplica, sería la de desengañar al público acerca de todos los pequeños escritos que continuamente me achacan. Han llegado á mi retiro volúmenes enteros impresos con mi nombre, en los que no hay ni una sola línea que yo quisiera haber compuesto. Os suplicaría también, señor, que tuvieseis la bondad de librarne, por medio de una simple advertencia, de la multitud de cartas anónimas que me dirigen. Me veo obligado á rechazar todas las cartas cuyo timbre me es desconocido. Esta advertencia, inserta en vuestro periódico, me serviría de excusa para con las personas que se quejan de que no les he contestado, y os quedaría vivamente agradecido.

No dudo que vuestro periódico tendrá mucho éxito, y me cuento desde hoy en el número de vuestros suscriptores.

A S. A. S. MONSEÑOR EL PRÍNCIPE DE CONDÉ

Ferney, 17 de Enero de 1777.

Monseñor, dignese Vuestra Alteza Serenísima aceptar mi testimonio de gracias por haberse dignado favorecer mi súplica. Por muy pequeño que sea el país de Gex, resulta considerable, puesto que se halla en vuestra provincia y bajo vuestra protección.

Sólo de vuestras bondades espera, monseñor, la continuación de su existencia. No tengo otro interés en este asunto sino el haber empleado 600.000 francos en procurar al rey nuevos súbditos y colonos industriosos. Me atrevo á implorar principalmente el favor de Vuestra Alteza Serenísima para con el señor intendente de Borgoña. Si sólo tiene en cuenta los derechos del fisco

y los usos establecidos en el reino, la colonia está perdida, porque está compuesta de extranjeros, en favor de los cuales se han dispensado desde 1770 los derechos del fisco, y se han derogado los reglamentos ordinarios. Se les hacía la merced de no inquietarlos; estaban olvidados, y solicitaban únicamente seguir estándolo hasta que el gobierno haya tomado una resolución acerca de este establecimiento.

Sería duro ver en un desierto un miserable lugar convertido en una población floreciente, y destruida de pronto por los oficiales del marco de oro y de la marca de los hierros y cueros. Siendo la mayor parte de nuestros obreros alemanes que no entendían el francés, se han marchado ante el solo temor de ser objeto de grandes exacciones, y los demás nos abandonan de día er día; de 1.200 padres de familia útiles que había reunido sólo me quedan la mitad.

La única merced que hoy pido al señor intendente de vuestra provincia es que se digne impedir, hasta nueva orden, que los empleados del fisco vengán con sus embargos á desbandar á los artesanos que quedan, y que habían sido reunidos desde tan lejos y á costa de tantos gastos. En seguida adoptaría todas las medidas que el señor intendente me prescribiera para conservar lo que queda de esta desdichada colonia. Si Vuestra Alteza Serenísima se dignase enviarle la carta que he tenido el honor de escribiros, vuestra recomendación serviría por lo menos para retardar algún tiempo nuestra total ruina, y á la edad de ochenta y tres años moriría con menos dolor, consolado por vuestras bondades. Soy con profundo respeto y agradecimiento infinito, monseñor, de Vuestra Alteza Serenísima, etc.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

7 de Abril de 1777.

Mi querido ángel. Sólo á vos me atrevo á escribiros en el harto desagradable estado en que me encuentro. He recibido, como sabéis, un ligero aviso de la naturaleza que me ha hecho recordar que tenía ochenta y tres años y que no estaba en edad de hacer el amor á Melpómene. Recordaréis sin duda la pequeña cena de tres servicios ¹ que preparaba en su honor, en el vuestro y en el de M. de Thibouville. La noticia de esta fiestecilla que os tenía preparada había llegado á noticias de algunos cocineros que preparaban convites semejantes de más exquisito gusto que el mío. Esta competencia me había intimidado, y os destiaba otra cena de cinco servicios. ²

Acaso los hornillos me calentaron demasiado la cabeza, y me veré obligado á renunciar á mi oficio de Martialo. ³

Si estuviéseis cerca de las aguas de Bourbonen lugar de estar cerca de las Tullerías, os pediría permiso para llevar mi cena á vuestra casa, ó mejor dicho mis dos cenas: la compuesta de cinco servicios me parece bastante buena, aunque me esté mal el decirlo. Es una comida saludable, pero esto no basta. Dícese que actualmente hacen falta manjares rebuscados y novedades que nadie hubiera comido en otro tiempo. Parece que pertenezco al tiempo viejo y que la moderna cocina no es á propósito para mí.

Diríase que estoy obligado á despedirme de la socie

1. *Irene*, que no tuvo en un principio sino tres actos.

2. *Agatocles*.

3. Autor del *Cocinero Francés*.

dad antes de verme en estado de consultaros. Sin embargo, confesaréis que sería una cosa bastante chrusca el que mi pequeña fiesta tuviese algún día buen éxito, y el que yo fuese bastante afortunado para poder ir á haceros depositario de todas mis confidencias en algún rinconcito. Es una idea que me anda con frecuencia por la cabeza y que me consuela.

Et cette illusion pour quelque temps répare
Le défaut des vrais biens que la nature avare
N'a pas accordés aux humains.

Debo confiaros mis escrúpulos acerca de los *Incas*, que me ha enviado mi compañero de Academia y de trabajo. Esperaba que los tales *Incas* me distrajesen mucho durante mi convalecencia; os confieso que he tenido un gran desencanto. Hay asuntos en que no hay nada que cambiar. El mayor interés consiste en lo sencillo del relato. El que agregase ficciones á las batallas de Arbelas y de Parsalia helaría al lector en lugar de entusiasmarlo. Nadie me ha hablado de los *Incas*, excepto el autor. Me ha maravillado este silencio después del ruido que hizo la obra. ¿Habrà ocurrido lo mismo con los *Mánes de Luis XV*? ¿No promete demasiado este título algo fastuoso? ¿y no puede ocurrir que el incienso que prodiga á todo el mundo no haya sido del agrado de nadie? Sin embargo, el estilo es noble y no se parece al estilo insoportable que reina en el día. El autor parece reunir la elocuencia con la filosofía y con variados conocimientos. Os agradecería mucho, divino ángel mío, si tuvieseis á bien decirme qué éxito tienen estas dos obras en París. Paréceme que son dos piezas que tienen por escenario el universo entero. Por mi parte, viéndome obligado á dejar el teatro, os pido vuestro parecer desde el fondo de un obscuro palco.

¡Quién me diera, en efecto, poderme ocultar detrás de vos en algún palco y oír á vuestro amigo Le Kain! ¿Habremos de estar separados para siempre? Es una privación que no puedo soportar. Tengo muchos motivos de pena, pero el más sensible es para mí seguramente el de verme tan lejos de vos. Beso el extremo de vuestras alas con mi boca pálida y moribunda.

AL SEÑOR BARÓN DE ESPAGNAC

Ferney, 9 de Mayo de 1777.

Señor, días pasados me encontré con Eustaquio Prévôt, alias *La Flamme*, uno de los inválidos que tuvisteis la bondad de cederme. Díjome que estaba casi ciego, y yo le respondí que no veía muy claro. Añadió que estaba muy enfermo, y yo le repliqué que hace cerca de dos meses había tenido un ataque de apoplejía, como es muy cierto. Me confesó, suspirando, que estaba abrumado por la vejez, y le dije en confianza que tenía ochenta y tres años. Por último, me rogó encarecidamente que obtuviese de vos el que os dignaseis admitirlo entre los inválidos de vuestro hotel.

Me hizo mil protestas de que deseaba tener el consuelo de morir bajo vuestra obediencia y á vuestra vista. Yo solicitaría la misma merced para mí; pero hay que dar la preferencia á un viejo soldado que ha estado más de una vez expuesto á las balas, mientras que yo no he tirado nunca sino á los conejos.

Permitidme, pues, que os presente una súplica en favor de *La Flamme*, que me parece en efecto muy cerca de apagarse. Añadid esta merced á las muchas con que me habéis honrado, y estad persuadido del respeto,

la adhesión y la profunda estima con que tengo el honor de ser señor, vuestro, etc.

Á M. DUTERTRE

14 de Julio de 1777.

Teniendo aún, caballero, la debilidad de no morir, os envío, si no lo tomáis á mal, mi fe de vida que servirá para lo que haya lugar. A Dios gracias no entiendo nada de mis negocios; habéis tenido la bondad de encargarnos de ello, y este es mi único consuelo. El señor duque de Bouillon, Alteza Serenísima, se ha dignado escribirme cartas llenas de benevolencia, pero me ha declarado que no le tocaba á él pagarme 22 ó 33.000 francos que me debe Su Alteza Serenísima monseñor su padre.

Su Alteza Serenísima monseñor el duque de Wurtemberg, que me debe también mucho dinero, me paga con buenas palabras; pero en cambio mis albañiles, mis carpinteros y mis carniceros, que no son tan cortesés, me harían poner en la cárcel para cobrar si Dios no me hubiese concedido el beneficio de llegar á tener ochenta y tres años.

Presumo, señor, que en medio de mis apuros habéis tenido piedad de mí, que habéis pagado á los herederos de M. Laleu. Es una cosa extraordinaria que haya preferido prestarme de su bolsillo 22.000 francos á hacer que me los pagase el señor duque de Bouillon. Es más extraordinario aún que M. d'Ailly me haya hecho perder la hipoteca privilegiada que tenía sobre todos los bienes de este príncipe. Es una desgracia irreparable.

No tengo más esperanza y recurso que confiar en vuestra prudencia y exactitud, así como en la amistad de que me habéis dado pruebas. Iría á daros las gracias si mi edad, mi salud y el estado de mi bolsillo me permitiesen hacer el viaje. Tomaría una casita en vuestra vecindad para aprender á conocer durante algunos días esa ciudad que no he vuelto á ver desde hace treinta años.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

4 de Agosto de 1777.

Mi querido ángel, hace más de sesenta años que tenéis á bien quererme un poco; es preciso que os trace un croquis de mi situación, aunque esté prohibido hablar de sí mismo, y aunque se haya representado bien ó mal en vuestro teatro de Paris *El Egoísmo*.¹

Tengo ochenta y tres años, como sabéis, y hace unos setenta y seis que trabajo. Todos los literatos de Francia, excepto yo, gozan de los favores de la corte y hasta me han quitado no sé cómo, ó por lo menos no me la pagan, una pensión de 2.000 libras que tenía antes de que fuese consagrado Luis XV.

Me he retirado desde hace treinta años ó poco menos á la frontera de Suiza. No tenía más que un protector en Francia, que era M. Turgot, y me lo quitaron; quedábame M. de Trudaine, y me lo quitaron también.

Tuve la imprudencia de edificar una ciudad, y esta noble tontería me ha arruinado.

Volví á ejercer mi antiguo oficio de cocinero para

1. Comedia en cinco actos y en verso por Cailhava.

consolarme; pero después de pensarlo bien me he convencido de que no entiendo nada de la nueva cocina, y que la antigua ya no está de moda.

El pesar se ha apoderado de mí y me hace perder la cabeza. Me he vuelto imbécil hasta el punto de que he tomado por cosa seria la broma de M. de Thibouville, que me pedía pastillas de agracejo. Cometí la tontería de no entender el logogrifo; creí recordar que en otro tiempo se hacían pastillas de agracejo en Dijón, y envié una cajita á vuestro vecino en lugar de enviaros el mal pastel que os había prometido.

Este pastel está ya muy frío; sin embargo, lo enviaré á las señas que me habéis dado, á condición de que lo comáis en compañía de M. de Thibouville y de que me lo volváis á enviar, tal como está, dividido en cinco trozos.

No os diré lo repugnantes que me han parecido todos los pasteles que me han enviado de vuestra nueva cocina; mi extremada aversión hacia ellos no hará, seguramente, mejor mi pastel. Tal vez, haciéndolo recalentar, podría servirse dentro de dos ó tres años; pero sería preciso, sobre todo, que fuese servido por las manos de una joven de dieciocho á veinte años, que supiese hacer los honores de él como los hacía mademoiselle Adrienne. Necesitaríamos también un maestra-sala, como el que es jefe ahora de la cocina antigua y que os hace la corte algunas veces. Aun con todas estas precauciones, dudo mucho que semejante pastel, que no tiene bastantes especias, fuese bien recibido. Sea como quiera, probadlo, mi querido ángel, y volvédmelo á enviar en seguida. No os hablo del viajero que suponíais debía pasar por mi casa¹. No sé si sabéis que

1. Elemperador José II.

ha quedado muy descontento de la ciudad, que ha estado representada algunos años por un gran hacendista, y que dicha ciudad ha quedado aún más descontenta de él. Sea como quiera, no lo he visto, y no cuento esta desgracia entre los mil y un infortunios que os he manifestado al principio de esta carta quejumbrosa.

El resultado de todas estas habladurías es que querré siempre á mi querido ángel, y que me pondré á la sombra de sus alas hasta el último momento de mi ridícula existencia.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

15 de Agosto de 1777.

Helos ahí, en fin, los cinco pasteles demasiado fríos y demasiado insípidos ¹, que no son á propósito para vuestro país, y que sólo os envío, divino ángel mio, por pura obediencia y pidiéndoos mil perdones. Volvedme á enviar por el mismo conducto las cinco piezas de pastelería, que no deben figurar en ninguna mesa. No las enseñéis á nadie. Tened compasión de vuestra antigua criatura, que ha perdido la cabeza, y á quien sólo le queda el corazón.

AL SENOR CONDE DE LA TOURAILLE

Ferney, 18 de Agosto de 1777.

Si Carlos IX, de quien me habláis, señor, hubiese ido junto á la casa de Ronsard y hubiese encontrado á

1. La tragedia de *Agatocles*.

un pobre oficialillo extranjero, que no se hubiese separado de la portezuela de su carroza, mirándole con la mayor curiosidad, y si un momento después se hubiesen presentado al mismo Carlos IX dos ginebrinos vecinos de Ronsard, en completo estado de embriaguez, y le hubiesen preguntado adónde iba, creo que Carlos IX hubiera hecho muy bien en incomodarse y en no ir á casa de Ronsard.

Es lo que le ha ocurrido al ilustre viajero de quien me habláis ¹ en el camino de Ginebra; halló algunos jóvenes demasiado familiares y tuvo razón.

No comió ni durmió en Ginebra en casa de Ronsard. No vió á nadie. El residente de Francia se presentó ante él y no le habló una palabra. Estuvo de muy mal humor en todo el camino desde Lyon.

Confieso que el héroe de Chantilly es más afable y la vida más agradable en tan encantadora mansión. Si os halláis actualmente en el Palacio Borbón, habéis pasado de un cielo á otro.

Verdaderamente tendré que dirigir mis gritos al señor príncipe de Condé desde el fondo de mi purgatorio, si persiguen mi colonia, y os dirigiré mis quejas; pero en la actualidad no puedo quejarme sino de los males que la naturaleza me hace sufrir. Soy seguramente vuestro superior en materia de tormentos, así como también soy vuestro decano.

Me pongo á vuestros pies en todo lo demás, altamente penetrado de vuestras bondades y vuestras mercedes, recomendándome por otra parte á Dios, en medio de mi miseria, y sintiendo hacia vos la mas respetuosa adhesión ².

1. José II.

2. Esta carta contesta á una del señor conde de la Touraille en que éste hace mención de la visita de Carlos IX á Ronsard.

Á M. DEVAINES

Ferney, 3 de Octubre de 1777.

Os creo, señor, administrador de correos, y siempre amigo de M. de Argental, porque sé, por experiencia, que cuando se quiere se quiere por toda la vida.

Me tomo, pues, la libertad de remitiros este paquete para él.

No me consuelo de haber visto frustrada vuestra peregrinación. Será una gran casualidad el que yo me encuentre en estado de recibiros el año que viene. Desearía yo mismo evitaros la molestia del camino é ir á visitaros; pero, ¿de qué sirven los deseos? De hacernos sentir nuestras necesidades sin poder satisfacerlas; tengo verdaderamente necesidad de veros; paréceme que tendría muchas cosas que deciros en este mundo antes de salir de él.

Acabo de leer con la mayor satisfacción *L'Hôpital*¹, de M. de Condorcet. Todo lo que sale de sus manos lleva el sello de un hombre superior. ¡Ojalá pudiera pasar algunos días entre vos y él!

Mis respetos y mi profundo pésame á Madama Devaines.

en los siguientes términos: Carlos IX, queriendo colmar de alegría á su buen amigo Ronsard, había formado el propósito de ir á verle *en su casa de campo*. Esta prueba de protección, dijo el poeta, es muy hermosa para mí, pero no hará que mis versos sean mejores.

1. *Elogio de Michel de l'Hôpital, canceller de Francia*. Obra presentada á la Academia Francesa.

AL SENOR MARQUÉS DE CUBIERES,

CABALLERIZO DEL REY, ETC.,
EN RESPUESTA Á UNA CARTA EN VERSO.

Ferney, 5 de Octubre de 1777.

Un beau siècle commence et vous me l'annoncez.

Un jeune Titus le fait naitre,
Et c'est vous qui l'embellissez:
L'écuyer est digne du maître.
Pégase ayant su qu'aujourd'hui
Vous commandez dans l'écurie,
Vient s'offrir á vous, et vous prie
De vous servir souvent de lui;

Il aime votre grâce et votre humeur légère;
Sous d'autres écuyers il fit plus d'un faux pas;
Sous vous, il vole, il sait nous plaire;
Il ne vous égarera pas.

Veo, señor, que habéis recobrado vuestro derecho de mayorazgo, y que hacéis tan lindos versos como vuestro hermano el caballero. No puedo daros las gracias á mi edad sino en mala prosa rimada, y habría ya que decirme á mí: *solve senescentem*, etc.

Tengo el honor de ser con respeto, etc.

EL VIEJO ENFERMO DE FERNEY.

Á MADAMA NÉCKER

Ferney, 22 de Octubre de 1777.

Señora, me hicisteis una vez el honor de escribirme, y yo respondí á M. Nécker por pura tontería, pues

equivocó vuestra carta con la suya. Hoy me honra M. Nécker con una carta muy bella y muy consoladora, y os contesto á vos.

Os pido, señora, una grandísima merced, y es la de que le déis las gracias en mi nombre. Tenéis más tiempo que él, por más que no tengáis mucho, y os habéis siempre mostrado bondadosa conmigo. No quiero exponerme á que reciba una carta en que se hable de *Zaira*, entre una multitud de cuentas relativas á los arrendamientos generales. Os suplico únicamente, señora, que le digáis cuán agradablemente me ha afectado todo lo que me ha escrito.

Estad muy persuadida de que iría á formar en las filas de vuestros cortesanos si mis ochenta y cuatro años, mis ochenta y cuatro enfermedades, y mis ochenta y cuatro tonterías, no me retuviesen á orillas de vuestro lago, que no volveréis á ver, á Dios gracias.

Acordaos, siquiera sea ligeramente, de vuestro respetuoso y fiel servidor.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Ferney, 22 de Octubre de 1777.

Señores y ángeles míos, os juro una vez más que ningún mortal sabía de qué se trataba.

Hoy mi locura es pública. Á vuestra bondad y sabiduría corresponde el dirigirla. Hubiera deseado que esta locura hubiera sido más tierna y hubiera podido hacer derramar algunas lágrimas; pero será para otra vez. Me ocupo actualmente en una nueva extravagancia ¹ que hará llorar. Hay no sé qué de filosófico en la

1. *Irene*.

que vos protegéis. Tiene cierto atractivo y no está mal escrita; pero no bastan la elegancia y la razón. No es bastante que se excite la curiosidad, sino que hace falta un interés palpitante. Creo que la pieza está hecha con prudencia, pero creo que esto no vale gran cosa. Salid del caso como pudieréis.

Dícese que los actores, excepto Le Kain, y aquellos y aquellas á quienes os dignáis honrar con vuestros consejos, son sumamente malos. Parece que la mayor parte de esos señores dicen los versos como el que lee un periódico.

Os rogaré, pues, señores, cuando llegue la ocasión, que impidáis que me estropeen y me llenen de barbarismos.

Acabo de escribir al señor mariscal de Duras, como me lo habéis ordenado. Le he dicho con razón que mi suerte estaba entre sus manos. Porque, habéis de saber, mis queridos ángeles, que no puedo tener la dicha de volver á veros sino en Sicilia ¹, y que si viviese lo suficiente para llegar á Constantinopla, no podría hacer este segundo viaje sino después de haber pasado por Siracusa ². No he dicho al señor mariscal de Duras precisamente de qué se trataba. Le he avisado únicamente que le haríais ver alguna cosa que tendría mucha necesidad de su protección. Me he guardado muy bien de decirle que le dejaríais dicha cosa entre las manos. Estoy seguro de que mi *Siracusa* no saldrá de las vuestras: si saliese de ellas, todo estaría perdido. Sería lo mismo que arrojar á Agatocles é Idacio en el monte Etna. En cuanto á mí, me parece que me echo de cabeza en el lago de Ginebra, si no tenéis

1. Es decir, os volveré á ver si se representa *Agatocles*.

2. Es decir, que hay que representar *Agatocles* antes que *Irene*.

éxito en vuestra empresa. Hemos tenido dos muchachas que se han ahogado días pasados; iré á unirme con ellas en lugar de ponerme á la sombra de vuestras alas; pero á qué hablar de matarme; mi edad, mis trabajos forzados, mis males insoportables y Sicilia, y Constantinopla bastan para matarme; y si muero será recomendándome á mis ángeles.

Á MADAMA DU BOCCAGE

Ferney, 2 de Noviembre de 1777.

Señora, vos sois el genio; yo no soy sino un pobre anciano medio poeta, medio filósofo y más que medio perseguido, aunque sólo hubiera debido inspirar compasión por hallarse abrumado por ochenta y cuatro años y ochenta y cuatro enfermedades, y casi á punto, por consiguiente, de ir á ver á mis antiguos maestros Sócrates y Sófoles, á quienes tan mal he imitado. Cuando vea á Corinna no repararé en decirle que no valia tanto como vos, ya en cuanto á brillar en la sociedad, ya en cuanto á sobrepujar á los hombres en el arte de escribir.

No me admiro de que Alzira me haya valido vuestra carta, que me ha conmovido en el alma. Habéis recorrido de nuevo el país que habíais embellecido. Vos, señora, y los insurrectos, hacéis que América sea inestimable para mí.

Madama Denis agradece en el alma vuestro recuerdo; pero está muy lejos aún de poder representar *Alzira*. Ha estado casi tan enferma como yo, lo cual es mucho decir. Si tuviese ánimos para desear algo, desearía hallarme en París para gozar del honor de

vuestra compañía, siempre que me lo permitierais, para aficionarme cada vez más á esa naturalidad encantadora, esa igualdad y esa sencillez que realzan vuestro talento, y para deciros con la misma sencillez que seré siempre, desde lo íntimo de mi corazón con el más sincero respeto, señora, vuestro muy humilde y muy obediente servidor hasta el último momento de mi vida.

EL VIEJO ENFERMO DE FERNEY.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

5 de Noviembre de 1777.

Mi querido ángel, os importuno con mis fruslerías. He aquí una fe de erratas para Sicilia y Constantinopla¹. Comprendo que me diréis que debía ser doscientas veces más larga; y yo responderé, que es mucho más fácil hacer faltas que corregirlas, y que hay que tolerar á sus amigos con sus defectos, sobre todo cuando se hallan abrumados por la vejez y las enfermedades: entonces ya pasó el tiempo de la enmienda; es posible arrepentirse, pero no corregirse. ¿Qué piensa de ello M. de Thibouville? ¿No se compadece de mí? Cuidaremos mucho, Madama Denis y yo, de conservarle en cuanto de nosotros dependa, sus habitaciones en el hotel de Fées-Villette. Nuestra cabaña de Ferney no es á propósito para guardar doncellas. Ya llevamos tres casadas: mademoiselle Cornille, su cuñada mademoiselle Dupuits y mademoiselle Varicour, que se casa con M. de Villette. No tiene un céntimo, pero su marido hace un buen negocio, pues

1. *Agatocles é Irene.*